

Incidencias clínicas de la voz: cuerpo y presencia del analista.

Vales, Agustina.

Cita:

Vales, Agustina (2025). *Incidencias clínicas de la voz: cuerpo y presencia del analista*. XVII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXII Jornadas de Investigación XXI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VII Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VII Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-004/461>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eNDN/QNX>

INCIDENCIAS CLÍNICAS DE LA VOZ: CUERPO Y PRESENCIA DEL ANALISTA

Vales, Agustina

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

El presente trabajo se inscribe en el marco del Proyecto de Investigación UBACyT: “Las afectaciones del analista” dirigido por la Dra. María Luján Iuale. Nos proponemos interrogar el estatuto del objeto voz en la teoría lacaniana, considerando su función en la economía libidinal y su incidencia en la experiencia analítica, particularmente en relación con la presencia del analista. Lacan introduce la voz como uno de los objetos a, producto de una extracción corporal que no se reduce a su vertiente sonora. La voz se presenta como áfona que resuena en el vacío del Otro como su falta y por eso es el objeto que más nos aproxima al inconsciente. Nos detendremos en esta oportunidad en algunas referencias a la pulsión de la cual la voz es el objeto, y que Lacan llama “pulsión invocante”, como modo de enlazar el lugar del cuerpo y el deseo en la economía de la experiencia analítica a la luz de una lectura en clave RSI.

Palabras clave

Cuerpo - Presencia - Voz - Afectación

ABSTRACT

CLINICAL EFFECTS OF THE VOICE:

THE BODY AND THE ANALYST'S PRESENCE

This paper is part of the UBACyT Research Project: “The Analyst's Affectations,” directed by Dr. María Luján Iuale. We propose to interrogate the status of the voice object in Lacanian theory, considering its function in the libidinal economy and its impact on the analytic experience, particularly in relation to the presence of the analyst. Lacan introduces the voice as one of the a-objects, a product of a bodily extraction that is not reduced to its sonic aspect. The voice is presented as aphonous, resonating in the void of the Other as its lack, and therefore, it is the object that brings us closest to the unconscious. We will dwell on some references to the drive of which the voice is the object, which Lacan calls the “invocative drive,” as a way of linking the place of the body and desire in the economy of analytic experience, in light of an RSI reading.

Keywords

Body - Presence - Voice - Affectation

INTRODUCCIÓN

En el Seminario XI, Lacan ubica la presencia del analista como una manifestación del inconsciente en relación con el objeto. El analista debe soportar el objeto a través de lo que denomina ‘deseo del analista’, es decir, aquella respuesta que concierne a su posición, al deseo inédito que soporta con su presencia, haciéndose causa del deseo del analizante.

Con Lacan, se introducen en el psicoanálisis como objetos pulsionales destacados: la voz y la mirada. A su vez, diferencia lo oral y anal -que competen a la demanda- y lo escópico e invocante -que compete al deseo-. Esta distinción permite pensar lo pulsional en el padecer neurótico, situando a la voz como una de las dos pulsiones que comanda el deseo. La voz responde porque resuena en el vacío del Otro como su falta y es por eso el objeto que más nos aproxima al inconsciente (Lacan, 1964, p.90).

En la experiencia analítica, mirada y voz se entran con el deseo, particularmente con el deseo del analista; teje lo real de la transferencia que hace que un análisis comience, transcurra y arribe a un final posible. Desde esta perspectiva, nos interrogamos por el estatuto de la presencia del analista.

EL OBJETO A EN LA CLÍNICA Y EN LA TEORÍA PSICOANALÍTICA

El a adviene como resto y testimonio de la constitución del sujeto en el campo del Otro. Por esta operación, el sujeto resulta dividido, y los objetos pulsionales se inscriben en la serie de equivalencias del a; punto en torno al cual gira la pulsión y donde el sujeto podrá reconocerse, al cabo de un análisis, en su existencia más radical.

El objeto a aparece como una extracción corporal. Lacan lo sitúa como una parte desprendida del cuerpo, producto de un cuerpo fragmentado, cuyos bordes constituyen la estructura. Este objeto tiene la función de ser un resto no significativo, y es precisamente el que Lacan señala como objeto causa: un objeto desconocido y oculto, que permite que el analista pueda inscribirse en ese lugar. Por ello, cuando se habla de los objetos a en la experiencia de un análisis, se trata de precisar la presencia del cuerpo en el discurso analizante: “Sólo somos objetos del deseo en cuanto cuerpos” (Lacan, 1962-63, p. 233). Al finalizar el Seminario X, Lacan anticipa que lo que conviene es que el analista sea alguien que, por algún borde, haya hecho volver a entrar su deseo en el a irreductible (Lacan, 1962-63, p. 365).

No se trata del silencio vacío del analista, sino de su presencia corpórea en tanto identificado al objeto que él es: objeto causa que anuda simbólico, real e imaginario.

EL ESTATUTO DEL OBJETO VOZ

La cuestión de la voz, concebida como un objeto original, enigmático y evanescente, presenta su principal obstáculo en la percepción, ya que la función fónica tiende a obnubilarnos. Para Lacan, la voz y la pulsión invocante desempeñan un papel fundamental en la constitución del cuerpo pulsional y en la estructuración subjetiva.

Si bien Lacan plantea que “todo lo que el sujeto recibe del Otro a través del lenguaje, la experiencia ordinaria es que lo recibe en formal vocal” (Lacan, 1962-63, p.296), es decir, que el sujeto es hablado por el Otro, advierte que no es la única vía: “hay vías distintas que las vocales para recibir el lenguaje. El lenguaje no es vocalización. Vean ustedes a los sordos” (Lacan, 1962-63, p. 296). Esto implica que, aunque hay una relación entre lenguaje y sonoridad, el objeto voz no pertenece al registro sonoro; más bien, su función se manifiesta como áfona: “La voz (...) resuena en un vacío que es el vacío del Otro en cuanto tal, el ex-nihilo propiamente dicho. La voz responde a lo que se dice, pero no puede responder de ello (...) para que responda, debemos incorporar la voz como alteridad de lo que se dice” (Lacan, 1962-63, p. 298). Lacan impone así el objeto voz como un puro objeto lógico: para el sujeto en vías de constitución, el resto debe buscarse en una voz separada de su soporte material. La voz es, entonces, la verdadera alteridad respecto a lo que se dice; responde a que se diga, pero no responde “por” lo que se dice: la voz responde porque resuena en el vacío del Otro como su falta y por eso es el objeto que más nos aproxima al inconsciente. En ninguna parte el sujeto está más interesado en el Otro que por la voz. El vacío del Otro no es físico ni sonoro, sino estructural: es la falta de garantía del Otro. Es en este vacío donde resuena la voz como distinta de las sonoridades, no modulada sino articulada respecto a la palabra:

Lacan (1962-63) lo formula así:

Corresponde a la estructura del Otro constituir cierto vacío, el vacío de su falta de garantía. La verdad entra en el mundo con el significante antes de cualquier control. Se experimenta, se retransmite únicamente mediante sus ecos en lo real. Ahora bien, es en este vacío donde resuena la voz como distinta de las sonoridades, no modulada sino articulada. La voz en cuestión es la voz en tanto que imperativa, en tanto que reclama obediencia o convicción. Se sitúa, no respecto a la música, sino respecto a la palabra” (p. 298).

Lo que se organiza en torno a un vacío es una constante que atraviesa los desarrollos teórico-clínicos de Lacan hasta sus últimos seminarios. La ineludible relación con el Otro como fundante también es prioritaria en su conceptualización. Es necesario, entonces, un vacío que posibilite la deriva significante

-efecto de la castración-, y es necesaria la relación con un Otro para constituirnos como hablantes, en tanto la voz modela el cuerpo desde su incorporación. De allí la particularidad de este objeto respecto de los demás.

Aquí es importante diferenciar lo que llamamos “vertiente sonora de la voz” y “el objeto a voz”. Se impone una primera observación: la voz ya no debe entenderse en el sentido habitual del término; no es necesariamente fónica. ¿Será por eso que la voz en su estatuto conceptual es tan difícil de aprehender? Si lo que define a la voz en términos del discurso común (e incluso en el diccionario) es su sonoridad, Lacan nos enseña que es en la afonía donde aparece la voz en su más crudo estatuto de objeto. Entonces si acordamos que la voz no “equivale” a lo sonoro (aunque no es sin ello), se abre el interrogante por su estatuto como objeto a y su incidencia en lo que Lacan llama ‘presencia del analista’.

No es lo mismo la voz que escucha el psicótico, como viniendo desde afuera o desde adentro de su propia piel, que la voz que recuerda el neurótico, -por ejemplo, la de un ser querido ya desaparecido, con todos los matices de su timbre-; o la voz que recibe del otro real; o incluso la propia voz, cuando uno la escucha en un audio de WhatsApp, con la extrañeza que provoca. Esta distinción muestra que la referencia a la voz no es simple en la medida en que, como cualquiera de los objetos pulsionales, es un producto, del mismo modo que decimos que el sujeto es un efecto.

La dimensión de la voz “en tanto distinta de las sonoridades” (Lacan, 1962-63) remite a que no se trata de ningún componente del habla, ni de la entonación ni del canto, pudiendo incluso incluir el silencio. Si no se sustenta en la palabra, es porque está esencialmente despojada de toda dialéctica significativa. Paradójicamente, está ausente en el habla, pero presente en el mutismo y la afonía. En tanto desprendida de su soporte y desprovista de materialidad sonora, es áfona: presente por su ausencia, asume las características del objeto a. Como alteridad de lo que se dice -aunque se trate de la propia voz del sujeto-, puede aparecer para este como algo inaprensible y extraño.

LA VOZ DEL ANALISTA

Una forma de decir la experiencia analítica es entenderla como el efecto que tiene, para cada quien, la manera en que se habilita la posibilidad de escuchar a aquel que se presenta como analizante; es decir, cómo se hace lugar para que los dichos del analizante puedan encontrar la manera de constituirse en un decir. La experiencia de cada analista concierne al modo singular en que, a partir de lo que ha podido aprehender de su propio análisis, arma su modo singular de abstinencia. Lo que hace a la posibilidad de alojar el objeto es justamente que el analista está como objeto y el analizante es sujeto, cuando llega a aparecer por su decir. Se trata, entonces, de ser algo que no tiene sustancia y que permite al analizante alojar su objeto en el lugar del a. No podemos analizar sin contar con el hecho de que el decir

produce un eco en el cuerpo, y ese eco es la pulsión. “Las pulsiones son el eco en el cuerpo del hecho de que hay un decir” es una frase que ilumina la relación entre la palabra y las pulsiones, entre el decir y el cuerpo. Entre el significante y el objeto hay un lazo, descubierto por el psicoanálisis, que Freud precisa en *Pulsiones y destinos de pulsión*: un lazo entre las pulsiones y el amor. La pulsión se presta al lazo social porque surge a partir del Otro del lenguaje. Los primeros significantes provienen del Otro y bordean una zona, libidinizan un agujero del cuerpo, una parte libidinizada por la lengua que por el decir ya implica la falta. Decir sobre el cuerpo, eco que es ya una repetición.

Tiempo y repetición: eso es lo que se juega en un análisis. Un movimiento por el que se vuelve muchas veces al mismo lugar, cada vez de manera distinta. La mirada y la voz son los objetos privilegiadas para transmitir el deseo del Otro.

Entonces, en un análisis están en juego: un solo sujeto, el analizante; el cuerpo del analista, que sostiene el a como semblante de objeto de aquel; y la voz y la mirada, objetos privilegiados en el recorrido de un análisis. El análisis es un modo singular de conversación, y allí se inscribe la función de la voz. Porque el análisis se conduce desde la posición de analista y así, quien escucha determina a quien habla. Es decir, alguien habla a otro según como ese otro lo escuche en la situación analítica.

En el Seminario XXIII, Lacan (1975) afirma que, para que este decir consuene, es preciso que el cuerpo sea sensible, y esto es un hecho porque el cuerpo tiene algunos orificios, de los que el más importante, porque no se puede taponar, clausurar, es la oreja. Porque no puede cerrarse. Es a causa de eso que responde en el cuerpo la voz. El eco es la alteridad del decir, porque el decir lleva consigo la voz. Si partimos de que hay decir, hay palabra -pero no son lo mismo-, ya que hay una voz que lo traslada pulsionalmente. El eco es lo que resuena de la voz y está dentro de ella.

Lacan parece dejar allí a la espera un interrogante: el cuerpo, ¿es siempre sensible a ese decir? ¿Podrían existir condiciones para que lo sea? ¿Cuál es la relación entre esa oreja que no puede cerrarse y esa respuesta en el cuerpo que llamamos voz? En el Seminario XVII, Lacan sostiene que: “la experiencia analítica es una experiencia de discurso” (Lacan, 1969, p. 17). Con dicha definición ubica el particular lazo social que sostiene la relación analítica. El discurso es una combinación de lugares y elementos que determinan formas de vínculo, y uno de dichos elementos es el objeto a.

La práctica del psicoanálisis es una práctica de discurso, y puede incidir o producir efectos en los cuerpos que lo sufren y hablan de él de muchos modos, en formas diversas, entre las que el síntoma se inscribe como modo singular en cada estructura clínica. Hay un momento de la constitución del sujeto en que este deja de relacionarse con el Otro para pasar a hacerlo con sus objetos parciales. Cuando esto ocurre, se produce esa sustitución del Otro por los objetos parciales, que entonces funcionan como semblante de a. Es ahí donde transcurre el análisis,

es decir, entre los objetos parciales del sujeto y el analista, que presta su cuerpo para dar asiento a esos objetos. En un momento del análisis, el analista toma lugar como a. Antes estuvo en el lugar del Otro -lo cual es imprescindible-, lugar que se desgasta no solo por la caída de la suposición de saber, sino también por la sustitución mencionada. Allí aparecen las pulsiones como eco en el cuerpo, momento de la sesión en que se da una conjunción de la corporeidad con el lenguaje. Cuando esta conjunción se anuda mediante una interpretación, es posible, aunque transitoriamente, eso que parece imposible: la unión entre el cuerpo y el lenguaje.

CONCLUSIONES

Podríamos concluir que es el propio dispositivo el que instala la posibilidad de que se constituyan el campo escópico y el invocante, con la mirada y la voz como objetos inherentes a la dimensión del Otro. El sujeto no se ve desde donde se mira, ni se escucha desde donde habla; no sabe lo que dice sino en tanto es escuchado. Es decir, solo en tanto haya Otro que preste la escucha, la mirada y la voz.

El acto del analista es imprescindible, ya que pone en juego su silencio como operador. Emerge un objeto que evoca su presencia. El analista mediante el uso del semblante adecuado sostiene la existencia de la falta que causa el deseo, y es con el significante y con la letra que agujerea lo real.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AA.VV. (2021). *La voz y la mirada*. Revista de Psicoanálisis N.º 7. laPsus Calami. Buenos Aires: Letra Viva.
- Freud, S. (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión*. En *Obras completas* (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Lacan, J. (1962-1963). *Seminario 10: La angustia*. Clase XVI: Los párpados de Buda; Clase XX: Lo que entra por la oreja; Clase XXIV: Del “a” a los nombres del padre. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1964). *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Clase VII: La anamorfosis. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1969). *Seminario 17: El reverso del psicoanálisis*. Clase I: Producción de los cuatro discursos. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1975). *Seminario 23: El sinthome*. Clase I: Del uso lógico del sinthome, o Freud con Joyce. Seminario inédito.